



Hilaria Galindo, 74 años.
Beatriz Martínez Utrilla, 19 años.

Aprendiendo a ser primeriza

La Residencia Vista Alegre de Madrid se ha convertido en el eslabón que une el pasado y el presente de Hilaria Galindo, una segoviana de 74 años

“Ni la lotería habría sido más grande que esto: me sentí como una niña con zapatos nuevos”. Hilaria suelta una carcajada de júbilo mientras camina por los jardines que rodean a la Residencia Vista Alegre, en el madrileño distrito de Carabanchel. Su operación de rodilla del pasado mes de diciembre no le quita las ganas de dar un paseo a primera hora de la tarde. Parece conocerse todos los secretos del recinto que le dio la bienvenida hace cuatro meses. Para ella era “un sueño poder vivir en esta residencia” y ahora se dispone a hacer una retrospectiva de su vida.

Hilaria Galindo tiene 74 años y una vitalidad arrolladora. No ha llevado un niño en su vientre, pero sabe lo que es tener a cuatro en el corazón. No ha sentido sus patadas, pero es consciente de que criarlos no ha sido tarea fácil. Nadie le ha regalado flores por su maternidad, pero ha visto brotar cuatro semillas. No ha dado a luz y sin embargo, ha sido una madre para sus cuatro sobrinos.

La muerte ha viajado con ella a lo largo de la que ha sido su peripecia vital. Más allá de sus palabras, sus brillantes ojos castaños y una sonrisa tatuada en los labios todavía cuelan la historia de una mujer feliz.

Lala, como la llaman en familia, ha sido la pequeña de seis hermanos. Ella y Román eran los únicos que quedaban por casar cuando sus padres fallecieron en 1948 y 1949. Años después, dejó su pueblo natal, Fuentesauco de Fuentidueña (Segovia) y se trasladó a Madrid con Orencio, su marido.

En mayo de 1970, su cuñada Luisa, esposa de su hermano Román, murió mientras le practicaban la cesárea del que habría sido su quinto hijo. El día de su entierro, Román sufrió un infarto de miocardio. A partir de ese momento, el hermano de Hilaria fue arrastrando una deficiencia cardíaca durante meses.

Esta vez la sonrisa de Hilaria pierde luz e irradia algo de nostalgia. Así lo recuerda ella. “Los médicos le aconsejaron que tenía que operarse. Una de las válvulas no le funcionaba y si no pasaba por el quirófano, corría muchos riesgos”. Poco más de un año después, Román ingresó en la *Clínica Nuestra Señora de la Concepción* de Madrid. Entonces, Hilaria se hizo cargo del cuidado de sus tres sobrinos menores. “Los niños comenzaron el curso en el colegio *Los Lujanes* y la niña entró en el Colegio *La Unión*”.



Ambos centros acogían de forma gratuita a niños huérfanos. Hilaria agradece haber podido contar con esas facilidades. "Hemos trabajado mucho para salir adelante, pero mi marido era calefactor. Los hemos llevado a los mejores colegios dentro de nuestras posibilidades y estoy muy satisfecha con la educación que han recibido".

Mientras tanto, la mayor, Magdalena, seguía en el pueblo con una hermana de su madre. La familia decidió que podría ayudar a su padre en caso de que se recuperara y pudiera regresar al pueblo. "Así tampoco le interrumpíamos el curso". Pero Magdalena, con 12 años, decidió adelantar sus vacaciones de Navidad. "Sabía que iban a operar a su padre y se vino ella sola en el autobús de línea".

Hilaria trae al presente el día en que fue a recoger a su sobrina a *La Sepulvedana*. Un frío día de diciembre. "La vecina nos había calado el techo de la cocina y Magdalena quería venir para acompañar a su padre y a sus hermanos".

Román dejó a cuatro niños y unas navidades de luto el 18 de diciembre de 1970. Hilaria consintió la donación de sus órganos y "quizás fue esa acción la raíz de que *mis chicos* no hayan tenido nunca problemas serios de salud".

Los otros tíos habían propuesto el reparto de los hermanos entre las distintas familias. Hilaria tuvo desde el principio una decisión firme: "no iba a dejar que se marcharan a ningún sitio, no hubiera permitido que los separaran".

Con la ilusión y el pánico de dos padres novatos, Hilaria y Orencio cambiaron su piso de pareja sin hijos por el carnet de familia numerosa. Primerizos, pero con "el aprieto de que venían cuatro a la vez". Y así sucedió. El *papeleo* tuvo un proceso acelerado. Un mes después, en enero de 1971, Hilaria y su marido ya eran tutores de cuatro niños: Magdalena, de 12 años; María del Mar ("la rubita"), de siete; Román, de seis; y el pequeño Juan Manuel, de 22 meses.

"Sin el apoyo de mi marido, habría resultado imposible". Según lamenta Hilaria, si Orencio no hubiera estado de acuerdo con la iniciativa de cuidar a sus sobrinos, "los niños habrían acabado separándose". En cambio, si después de un año su esposo le hubiera reprochado haber dado ese paso, la respuesta de Hilaria habría sido tajante: "entonces *mis chicos* estaban por encima de todo". No fue ese el caso: Orencio estaba tan dispuesto como Hilaria a sacrificarse por los niños. "Mi marido me decía que les comprara todo lo que les hiciera falta, que a él no le importaba en absoluto".

Orencio trabajaba en Burgos desde que Aras, la empresa para la que operaba, se declarara en bancarrota. Cada fin de semana volvía a casa y Juan Manuel cambiaba la cama de su tía por la habitación de su hermano Román. Con la risa inocente de quien acaba de confesar un secreto, Hilaria se lanza a definir al pequeño como el más madrugador: "A las cinco de la mañana, dejaba a su hermano solo y se acostaba en nuestra cama".

"También ha sido el más inquieto. De hecho, cuando les gasta una broma a alguno de sus hermanos, le devuelven la gracia recordándole qué habría pasado si yo hubiera accedido a dejarlo en adopción". Hilaria recibió un día la llamada de don Mariano, el director del colegio *Los Lujanes*, para concertar una entrevista. Sin saber a qué respondía ese requerimiento, Hilaria acudió a la cita. Cuando don Mariano mencionó que había un matrimonio que no podía tener hijos y que estaba interesado en adoptar



a un niño, Hilaria no tuvo dudas: "pensaron en mí porque tenía la carga de cuatro. Podría haberme pedido la sangre y se la habría dado. A mi niño no".

Camino atemporal

Apenas una cuesta y un camino separan los antiguos colegios de *Los Lujanes* y *La Unión*. El trayecto ahora está asfaltado y forma parte de un complejo de la Consejería de Sanidad y Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid. En él se emplaza, entre otros recintos, la Residencia Vista Alegre, donde hoy se encuentra Hilaria.

"Ese edificio era el colegio al que traía a los chicos y a ese de allí iban las niñas. Muy *cerquita* uno del otro, ¿verdad?". Hilaria apunta con el dedo a uno y otro lado. "Siempre hacemos el mismo recorrido". Ellas primero, los niños después. Ya fuera para ir a llevarlos el domingo por la tarde o para esperarlos a la salida el viernes. En la retina de Hilaria todavía se dibuja la figura de Juan Manuel corriendo cuesta arriba y cuesta abajo o la de las niñas enfundadas en un pichi a cuadros y una rebeca azul.

"El Estado me ayudó muchísimo". Aparte de las plazas gratuitas en régimen interno, los directores de los centros respectivos les dieron facilidades. Todos los fines de semana, la familia se reunía en casa, o bien viajaba a Fuentesauco. De esta forma, aunque se trataba de un colegio para huérfanos, "*mis chicos* seguían teniendo a su familia. No habríamos podido hacerlo de otra manera".

La pensión de orfandad se hizo esperar. La solicitaron cuando el pequeño tenía 14 años. "Estuvimos dos años en trámites y cuando nos la concedieron quedaban otros dos para la mayoría de edad de Juan Manuel". Les retiraron la ayuda, cuenta Hilaria, "cuando más lo necesitaba". Orencio había fallecido y Juan Manuel estudiaba BUP en un colegio de pago.

A menudo Hilaria recuerda el camino al colegio. Su mirada se pierde en el horizonte. "Es curioso. He visto construir esta residencia". Y prácticamente a diario, Hilaria advertía a sus sobrinos que algún día ellos tendrían que hacer con ella lo mismo que entonces hacía con ellos. Y su sonrisa desvela cuál es la clave de su dicha: "Mirad esa residencia para viejecitos. Cuando sea mayor, me vendréis a buscar los fines de semana como yo hago ahora con vosotros", les decía.

"Me da vergüenza decirles que me gusta que vengan a buscarme el viernes por la tarde y regresemos el domingo porque era así exactamente como lo hacíamos con ellos. Esta tarde pasarán a buscarme y estaremos unos días en el pueblo". Pensar en ello hace que Hilaria recupere la sonrisa. "Podría aceptar que dejaran de hablarme, pero nunca que ellos dejaran de quererse. Somos como una *piña*".

Así es. Como sabrán los botánicos, la piña une varias hojas de forma compacta y sus flores germinan sin necesidad de fecundación. Una vez más, la naturaleza puede presumir de su sabiduría.

Lo importante de la vida

"¿La vida? La vida es *todo*". Sonoro y perfectamente articulado. Es un *todo* rotundo, un *todo* sincero. Un *todo* que se desprende de su boca pero que echa raíces en su corazón.



“Trabajo, lucha, y sobre todo *mis chicos*”. Hilaria ha trabajado en el campo y conoce muy bien muchas de las especies verdes. Después de 74 años, llega el momento de la recolección. La cosecha ha tenido que enfrentarse a la adversidad, y le ha tocado sembrar en tierra seca. Pero Hilaria ha sabido ver hojas brillantes donde sólo había matojos. Ha recogido los troncos derribados por la tormenta y ha hecho de ellos árboles con fruto.

Si la muerte de sus familiares la ha acompañado de cerca, Hilaria no ha perdido fuelle en ningún momento. Se frena al recordar que la noche que murió su madre le trajo uno de los peores momentos de su vida. “Fui a buscarle un vaso de agua y cuando llegué pensaba que estaba dormida. No despertó y yo era una muchacha de 16 años”.

Pero su historia no se compone únicamente de episodios amargos. También ha habido lugar para las flores. “El día que me casé con Orencio fue tal vez el más feliz de mi vida. Fuimos muy, muy felices. Nos quisimos muchísimo”.

“Ver a mis niños bien es lo que me da la vida”. Magdalena y Mar tienen, respectivamente, un niño de seis años y una niña de 12. “El pequeño corretea por los pasillos de la residencia. Sube las escaleras, las baja. Se la conoce casi tanto como yo”.

La Residencia Vista Alegre también le ha traído buenos momentos a Hilaria. Hace balance y llega a la conclusión de que su estancia allí hace honor al *apellido* de la residencia. “Me *alegra* poder ayudar a la gente: lo mismo hago cestitas de mimbre por la mañana, como hago algo de labor. Los miércoles también hay coro y no me importa dedicarle un rato a los mayores que no tienen compañía.”.

En ese mismo momento, saluda a un par de residentes y entabla una pequeña conversación con ellos. “¿Ves? Los conozco a casi todos y al fin y al cabo, nada cuesta tener unas palabras amables para alguien”. Y recuerda la partida de mus que jugó con una compañera suya que ya pasa de los cien años. “Es maravilloso poder vivir aquí, tan cerca de mi casa y de mi pasado”.